

Contribución de Ignacio Ellacuría a la espiritualidad ignaciana

Entrevista con Jon Sobrino

Martin Maier¹

Profesor visitante

Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

San Salvador, El Salvador

1. Ecos de la espiritualidad en Ellacuría

Martin Maier. Estamos en el Jardín de las Rosas del Centro Monseñor Romero, en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA), de El Salvador, lugar del martirio de Ignacio Ellacuría y sus compañeros jesuitas. La Universidad Loyola Andalucía, de España, nos pide que te entrevistemos, Jon, acerca de la espiritualidad de Ignacio Ellacuría. ¿Qué ecos de la espiritualidad de Ellacuría tienes hoy presentes?

Jon Sobrino. Quiero comenzar con una aclaración. Entiendo por espiritualidad el espíritu con que viven, actúan, gozan y padecen las personas —también los grupos sociales. Que la espiritualidad sea llamada ignaciana, dominicana, jesuí-

1. Esta entrevista fue realizada por Martin Maier en San Salvador, El Salvador, en julio de 2019, y fue transcrita por Eduardo Ibáñez Ruiz del Portal. La entrevista fue grabada durante el Simposio Internacional Ignacio Ellacuría, “A los 30 años de su martirio: Espiritualidad, saberes y universidad para la transformación social”, que tuvo lugar en Sevilla, el 12-13 de diciembre de 2019. El simposio fue organizado por la Cátedra Ignacio Ellacuría, el Departamento de Humanidades y Filosofía de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA), el Servicio de Evangelización y Diálogo de la Universidad Loyola Andalucía, el Institut zur interdisziplinären und interkulturellen Erforschung von Phänomenen sozialer Exklusion e.V., y la Katholische Universität Eichstätt-Ingolstadt, con la colaboración de las Unijes (la red de centros superiores de la Compañía de Jesús en España). En mayo de 2020, Sobrino reformuló y leyó el texto en español que ahora publicamos.

tica o benedictina, viene después. Y todavía es posterior la semejanza o diferencia entre estas espiritualidades. Según esto, voy a mencionar algunas cosas que expresan el espíritu con que Ellacuría vivió sus últimos años. De hecho, son los ecos que tengo más presentes de lo que has llamado *la espiritualidad de Ellacuría*.

Lo *primero* que voy a mencionar es que, al final de su vida, Ellacuría estaba centrado en cómo poner fin a una guerra mortal, la guerra salvadoreña. Siendo esta la realidad, decía que en este país era necesaria *una tercera fuerza*. Algunos intelectuales lo acusaron de tercerista, lo que a Ellacuría le importaba muy poco. Con tercera fuerza quería decir la unificación de aquellos y aquellas, de dentro y de fuera de El Salvador, que no querían que hubiera un solo muerto más. Trabajar por eso era espiritualidad. Y comunicaba ese deseo con elocuencia. En una conferencia que impartió en la Cátedra de Realidad Nacional de la UCA, habló de cómo, tanto el ejército como la guerrilla, debían formular los partes de guerra oficiales: “Lamentamos comunicar que nos hemos visto obligados a causar las siguientes bajas al enemigo”. Hablar así es espiritualidad.

Una *segunda* cosa que quiero recordar de Ellacuría es cómo respondía a la pregunta de qué tenemos que hacer en El Salvador. “Empujar el carro de la historia”, contestaba. Espiritualidad era empujar un carro. Indica esfuerzo, hacer algo que cuesta. No es empujar hacia abajo, sino hacia arriba. Cueste lo que cueste, hay que empujar. Hay que empujar la historia real, fuese esta un carro o un carromato. Y hay que empujar, ya sea por una autopista, o por un camino maltrecho.

Esto quiere decir que no somos lo último. En el caso de los jesuitas, no nos configura solo el estudio, ni poner en común lo que entendemos por espiritualidad, sino el *vivir*. Y si somos parte de una tradición, bueno es aprender cómo empujaron nuestros antepasados. San Ignacio de Loyola empujó a su manera el carro de la historia, pero empujó. Llegó a pasarlo tan mal, que llegó a pensar en suicidarse, pero se levantó y siguió adelante. San Juan de la Cruz empujó con sus bellas poesías, y hasta tuvo que sufrir encarcelamiento por ello. Santa Teresa de Jesús, a la que incluso acusaron de tener un hijo, contestó enfadada que no era cierto, y si lo fuera, tendría buen cuidado de él. En medio de esas tradiciones estaba Ellacuría. Hacía lo que predicaba. Así empujaba el carro de la historia.

Pocos días antes de que lo matasen, impartió una conferencia en el ayuntamiento de Barcelona. Afirmó que este mundo está gravemente enfermo. Por ello, hay que revertir la historia, cambiar 180 grados la dirección en que se mueve el mundo. De no hacerlo, el final podía ser fatídico y fatal. Es *la tercera* cosa en la que me voy a detener.

Ellacuría se preguntaba por qué está enfermo este mundo, y respondía: *porque está configurado por una civilización de la riqueza*. Por civilización de la riqueza entendía una civilización cuyo motor consiste en acumular y cuyo sentido es disfrutar de lo acumulado. Para superar esa civilización, ese estado de cosas, es necesaria una *civilización de la pobreza*. Por ella hay que trabajar *dialécticamente*, promoviendo lo que es contrario a la civilización de la riqueza. Y aunque Ellacuría no usó el término, hay que trabajar *duélicamente*, es decir, haciendo contra la civilización de la riqueza.

Comprendo que la expresión *civilización de la pobreza* no suene bien. Algunos, como José Ignacio González Faus, y no sé si también don Pedro Casaldáliga, ambos muy cercanos a Ellacuría y grandes amigos míos, se han preguntado por qué Ellacuría habló de pobreza para definir la civilización adecuada, y no, por ejemplo, de *austeridad*. Y mejor todavía, de la civilización de la *austeridad compartida*. Pero Ellacuría no cambió. Las cinco veces que escribió y habló sobre civilización de la pobreza, nunca cambió el término *pobreza*. Me he preguntado por qué su insistencia en mantener *pobreza*, en lugar de *austeridad*. En mi opinión, la razón pudiera ser que austeridad es algo subjetivo, mientras que pobreza es algo objetivo. En cualquier caso, como queda dicho, en la civilización de la riqueza, el motor de la historia es la acumulación, y su sentido, el disfrute de lo acumulado. En la civilización de la pobreza, el motor de la historia es la satisfacción de las necesidades básicas, y su sentido, la solidaridad entre todos.

2. Los Ejercicios espirituales de la Provincia de Centroamérica de 1969

M. Maier. La espiritualidad de Ignacio Ellacuría estaba enraizada en la realidad histórica, una espiritualidad comprometida con la paz, con la justicia, con el cambio del modelo de civilización. La provincia centroamericana hizo Ejercicios espirituales en 1969, guiada por el P. Miguel Elizondo, quien había sido maestro de novicios y provincial, y por el mismo Ellacuría. ¿Qué pasó en aquellos Ejercicios?

J. Sobrino. He hablado del Ellacuría de los últimos años, más o menos, de 1980 a 1989. Vayamos ahora hacia atrás, a 1969. Yo todavía no estaba en El Salvador. Pero sí estaba en 1971, cuando Ellacuría nos dio Ejercicios a los jesuitas jóvenes. Supongo que esos Ejercicios de 1971 se parecían a los que ya había impartido a toda la provincia dos años antes, como lo has mencionado. Una convicción importante de Ellacuría era que el sujeto de los Ejercicios no tenía por qué ser solo un individuo, sino que podía ser un grupo humano. En 1969, llegó a la conclusión de que ese era el caso de la provincia jesuita de Centroamérica. Le pareció no solo conveniente, sino necesario. Y de hecho, gran parte de los

miembros de la entonces viceprovincia hicieron los Ejercicios. Para quienes no la conozcan, esta provincia está conformada por seis países: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

Al comienzo del libro de sus *Ejercicios Espirituales*, san Ignacio explica, en una anotación, que los Ejercicios espirituales son todo modo de ejercitarse para quitar las afecciones desordenadas. Para Ellacuría, hay afecciones desordenadas en el individuo, pero también las hay en los grupos humanos y en las provincias jesuitas. Si se me permite un ejemplo inverosímil, afección desordenada de los jesuitas de hoy sería congratularse por tener más mártires que otras instituciones religiosas. Además de una estupidez, sería una afección desordenada.

Sigamos. Enseguida, san Ignacio habla del “Principio y fundamento” como aquello en lo que se fundamenta la vida humana. Ellacuría se preguntaba cuál es el “Principio y fundamento” de la provincia jesuita centroamericana. Lo digo ahora como sospecha. ¿Serán sus saberes, fruto de sus largos estudios? ¿Serán sus bienhechores, que hacen posible la misión?

A continuación, san Ignacio habla del pecado y Ellacuría se preguntaba cuál sería el pecado de la provincia. En palabras mías de hoy, pecado es tener cerca la muerte de muchas personas, dar la espalda a esa realidad y, peor aún, producirla. Por cierto, la Segunda conferencia del episcopado latinoamericano, que tuvo lugar en Medellín, Colombia, en 1968, ya había abordado esta cuestión y su respuesta era semejante.

A veces me pregunto en qué orden se violan los diez mandamientos de la ley de Dios, dados a Moisés. Creo que, en primer lugar, se viola el séptimo mandamiento, “no robar”, lo cual ocurre al querer acumular riqueza. En segundo lugar, se viola el quinto mandamiento, “no matar”, ya que matar es necesario para depredar. Y en tercer lugar, se viola el octavo mandamiento, “no mentir”, porque es necesario encubrir la verdad de lo que se hace. Creo que el mandamiento que más violábamos los jesuitas en 1969 era el octavo. Frecuentemente, no decíamos la verdad de lo que ocurría en Centroamérica. Tampoco hablábamos de la responsabilidad, en parte, de los jesuitas. ¿Lo sigue siendo hoy? No me toca a mí juzgarlo.

En los Ejercicios de 1971, lo que más me impactó fue cómo Ellacuría actualizó el coloquio de la meditación de los pecados, desde lo más profundo de nuestra realidad. Recordó las tres preguntas que se hace san Ignacio, al contemplar a Cristo puesto en cruz: “¿Qué he hecho por Cristo?”, “¿Qué hago por Cristo?” y “¿Qué debo hacer por Cristo?”. Si se me permite la ironía, esto se puede hacer ante un cuadro de Cristo crucificado, bello como el de Velázquez, pero los cuadros están en los museos. Ellacuría insistió en que los

jesuitas de Centroamérica nos hiciéramos estas preguntas ante la realidad del pueblo centroamericano, un pueblo crucificado: “¿Qué hemos hecho por este pueblo?”, “¿Qué hacemos por él?” y “¿Qué debemos hacer por él?”. La respuesta fue *bajarlo de la cruz*. Reformular así las tres preguntas de san Ignacio, causó impacto a los jesuitas de la provincia. Unos cambiaron, otros se asustaron. Unos pocos —no mencionaré nombres— se indignaron.

M. Maier. La Primera semana de los Ejercicios espirituales de san Ignacio apunta a la conversión. Si es una provincia jesuita la que hace los Ejercicios, ¿quién es el sujeto de esa conversión?

J. Sobrino. La conversión debe ser personal, sin duda, pero no tiene por qué ser solo individual. Bien puede ser la conversión de un sujeto colectivo. Y quiero insistir en algo que me parece muy importante. La conversión se hace notar por lo que produce. ¿Qué ocurrió tras aquellos Ejercicios de 1969? No se reaccionó exactamente igual en los seis países de la provincia. Me centraré en El Salvador, que mejor conozco. Creo que fue en 1971 cuando los jesuitas de El Salvador, concretamente los que formaban el equipo de la UCA, denunciaron la ley de educación. La denuncia irritó al gobierno salvadoreño, el cual, como represalia, retiró la modesta subvención que entregaba a nuestra universidad. La conversión se hacía patente por las consecuencias que conllevaba. Al año siguiente, concretamente el 20 de febrero de 1972, hubo un fraude electoral impresionante, que permitió acceder a la presidencia al coronel Arturo Armando Molina, del partido oficial de entonces, el Partido de Conciliación Nacional (PCN). Ellacuría propuso, entonces, que los jesuitas, los de El Salvador y algunos que vinieron de Guatemala, con la colaboración de algunos laicos, investigaran el fraude para descubrir pruebas fehacientes del mismo. Hicieron de detectives. Al cabo de un tiempo, redactaron las conclusiones de su investigación e hicieron recomendaciones a los partidos políticos sobre cómo gobernar el país. Querían publicar un libro, pero no sabían dónde hacerlo, pues en El Salvador, ninguna imprenta se atrevía a publicarlo por temor a las represalias. Se optó por imprimir el libro en Guatemala, donde unos amigos tenían una imprenta. Luego, el libro fue introducido clandestinamente en El Salvador. El libro salió en 1974.

La UCA se movía conscientemente en medio del conflicto. Sus académicos investigaban y denunciaban universitariamente, haciendo uso de la razón y del análisis crítico serio. El conflicto se convirtió en ataques directos contra la UCA durante varios años. Sus instalaciones y la residencia de los jesuitas fueron víctimas de varias bombas. La primera explotó en las oficinas de la revista *ECA*, el 6 de enero de 1976.

La denuncia más impactante fue un editorial de esta revista, “¡A sus órdenes, mi capital!”, redactado por Ellacuría. El título estaba cargado de ironía.

¿Qué había ocurrido? El presidente Molina, el que había sido elegido fraudulentamente en febrero de 1972, había prometido una reforma agraria. Fuera pequeña o grande, aquella promesa de reforma constituía una gran novedad para el país. La reforma era muy importante para muchas familias campesinas de El Salvador. Pocos días después de haber dado a conocer el proyecto, un grupo de oligarcas, un día viernes, fueron a hablar con el presidente. Le dijeron que si el lunes no había retirado el proyecto de reforma agraria, ya no se sentaría en el sillón presidencial. El proyecto fue retirado ese mismo viernes y Molina siguió ocupando el sillón presidencial. Fue entonces cuando Ellacuría publicó el editorial “¡A sus órdenes, mi capital!”.

Otras obras de los jesuitas en El Salvador también tuvieron grandes conflictos y sufrieron una fuerte persecución. Desde 1972, el Colegio Externado de San José sufrió ataques de la derecha y del gobierno. Este amenazó con expulsar del país a los jesuitas no salvadoreños. Los jesuitas reaccionaron y publicaron en los periódicos seis espacios pagados a doble página titulados “El Externado piensa así”. En 1977, en Aguilares, fue asesinado el padre Rutilio Grande y los otros tres jesuitas de su equipo misionero fueron deportados a Guatemala. En mayo, el ejército entró en Aguilares y la ciudad permaneció sitiada hasta el 19 de junio. Ese día, Monseñor Romero fue a Aguilares para consolar, denunciar y exigir. Comenzó la homilía con estas palabras, que pude escuchar personalmente: “A mí me toca ir recogiendo cadáveres”. Y después, denunció a “los que han convertido un pueblo en una cárcel”. En El Salvador hubo persecución injusta a los jesuitas. Había habido conversión.

Al igual que en otros grupos humanos, en la Compañía hay jesuitas que visibilizan la conversión grupal. Para mi generación, una de esas personas excepcionales fue el P. Pedro Arrupe, superior general de la orden. El máximo interés del P. Arrupe era que la Compañía, como sujeto colectivo —en aquellos años había unos 36,000 jesuitas—, emprendiera acciones para el bien de toda la humanidad y cada vez más para el bien de los de abajo. Arrupe lo hizo con su temperamento vivaz. Cuentan que una noche, a inicios de la década de 1980, oyó por la radio que muchos vietnamitas huían desesperados de su país en botes. A la mañana siguiente, el P. Arrupe convocó a sus consejeros y les dijo: “algo tenemos que hacer”. Fue una llamada radical a la conversión de la Compañía de Jesús, un sujeto colectivo. Y tuvo éxito. Hace cuarenta años, se fundó el *Jesuit Refugee Service (JRS)*, el Servicio Jesuita para los Refugiados.

M. Maier. ¿Dirías que el Servicio Jesuita para los Refugiados es el resultado de una conversión institucional motivada por el P. Arrupe?

J. Sobrino. Sí.

M. Maier. Hablemos del discernimiento comunitario. Conviviste con los compañeros mártires durante quince años. ¿Había en la vida de comunidad discernimiento comunitario sobre las decisiones y las orientaciones importantes?

J. Sobrino. En aquel tiempo no hablábamos tanto como se habla hoy de discernimiento y menos de discernimiento comunitario. En mi opinión, quizás se habla demasiado, a veces incluso para decisiones relativamente poco importantes. No obstante, sí, en aquellos años pensábamos las cosas en comunidad y hablábamos con suficiente libertad sobre ello. La mayoría de nosotros trabajaba en la UCA y solíamos hablar sobre lo que había que hacer en la universidad. Ya he dicho alguna vez que a mí no me entusiasma hablar mucho de *discernir*, pues a veces ya es obvio lo que se va a hacer, ya está decidido, y muchas veces con buenas razones. Y siempre existe el peligro de diluir su importancia cuando exige actuar *sin dubitar ni poder dubitar*. Sí, creo que hay que pensar las cosas. Y a veces mucho. Como cuando san Ignacio proponía discernir si las casas profesas debían tener rentas o no.

Nosotros solíamos pensar las cosas de la UCA que llegaban a la comunidad, a veces desde la Junta de Directores. Nos preguntábamos, por ejemplo, qué hacer para que en la UCA pudiera estudiar gente capaz, gente que pudiera ser útil al país, que pudiera cambiarlo, pero sin recursos para pagarse los estudios. Y también gente que tenía derecho a estudiar. No recuerdo quién propuso el programa de cuotas diferenciadas. Pensamos sobre ello. Y Jon Cortina elaboró un programa. Discernimos.

En otra ocasión, Ellacuría nos formuló esta pregunta: “¿Es posible un nuevo modelo de universidad?”. Reunió a quince personas de la UCA, que destacaban por su capacidad intelectual, y me llamó a mí, que era joven, para hacer de secretario. Un día me dijo: “Lo haces muy bien, Jon. A veces incluso mejoras lo que se ha dicho en la reunión”. No lo menciono por vanidad, a veces, Ellacuría me corregía. Lo menciono para decir que tuve experiencia inmediata de que las cosas de la UCA se pensaban y de cómo se pensaban. Aquel grupo formuló las tres funciones de la universidad: docencia, investigación y proyección social. Pensaron mucho sobre ello, sobre los posibles resultados, los posibles fracasos. Era una forma de discernir.

Otro ejemplo. Cuando se celebró la Tercera conferencia del episcopado latinoamericano en Puebla (México), durante varios domingos, en la misa de la comunidad nos preguntamos qué debíamos hacer, tanto en nuestro trabajo universitario como en nuestra predicación, con lo que los obispos habían dicho.

El que haya tantas reglas para el discernimiento ignaciano, ya lo he dicho, me da algo de miedo. Sí tenemos que pensar las cosas en serio. Y ojalá lo

hagamos —en serio— también en comunidad. Lo que me da más miedo es que olvidemos el examen. Y pienso que un examen honrado y sincero ayuda a pensar mejor lo que hay que hacer. Ayuda a discernir.

M. Maier. Hablemos del examen ignaciano. San Ignacio dice que hay que examinar lo que hemos hecho, lo que creemos que hemos hecho bien y lo que creemos que hemos hecho mal.

J. Sobrino. El discernimiento es anterior a la acción, mientras que el examen es posterior. San Ignacio daba mucha importancia a ambas cosas. De jóvenes, se nos formó en el examen general, el examen particular, el examen diario... San Ignacio decía que los estudiantes jesuitas debían dedicar una hora al día a las cosas del espíritu, pero si por alguna razón no podían dedicar una hora, pedía que no dejaran nunca el examen. Hoy se debería hablar tanto del examen como del discernimiento. Y como están las cosas, quizás más del examen que del discernimiento.

3. La historización de la fórmula ignaciana *Contemplativos en la acción*

M. Maier. Una de las fórmulas geniales de Ellacuría, al hablar de historizar, de actualizar, la espiritualidad ignaciana es la fórmula *contemplativus in actione iustitiae*. En español lo solemos decir en plural: “contemplativos en la acción de la justicia”. Creo que Ellacuría desarrolló esta idea después de la Congregación General 32, en 1975, que formuló la opción fundamental de la Compañía de Jesús como “la lucha por la fe y la justicia”, tal como está escrito en su tumba, en la capilla de la UCA. ¿Sería el ser “contemplativos en la acción de la justicia” la síntesis de la espiritualidad ignaciana en el mundo de hoy?

J. Sobrino. En la última meditación de los Ejercicios, san Ignacio habla de *la contemplación para alcanzar amor*, y a los jesuitas nos pide que seamos *contemplativos en la acción*. Al añadir Ellacuría la palabra *iustitiae*, para ser así contemplativos en la acción de la justicia, ante todo, quería que nos centrásemos en la realidad. La justicia hay que entenderla *dialécticamente*, esto es, desde su contrario, desde la injusticia. La realidad es realmente injusta. Cuando en 1974, el P. Jesús Arroyo vino a la UCA para impartir un curso organizado por Ellacuría, habló también de realidades que se oponen de manera *duélica*, una hace contra la otra. Y eso hay que aplicarlo a la justicia y la injusticia.

M. Maier. ¿Igual que en la meditación de las Dos banderas? ¿Se puede resumir en esta meditación de los Ejercicios, el pensamiento de Ellacuría acerca de la acción por la justicia?

J. Sobrino. Indudablemente, siempre hay que reinterpretar la meditación de las Dos banderas. Hoy, ciertamente, en el sentido de la lucha entre la justicia y la injusticia.

4. El impacto de Monseñor Romero en Ignacio Ellacuría

M. Maier. Para terminar, ¿qué significó Monseñor Romero para Ignacio Ellacuría?

J. Sobrino. Significó mucho, muchísimo. En la vida de Ignacio Ellacuría, Monseñor Romero tuvo una importancia crucial. Ellacuría mantuvo un contacto muy estrecho con él, durante sus tres años de arzobispado, de 1977 a 1980. ¿Qué fue viendo Ellacuría en Monseñor? Dicho con sus palabras, llegó a ver que “con Monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”.

Antes de llegar a hablar así, Ellacuría fue evolucionando. Y en eso quiero detenerme un momento. De joven, podía ser duro de temperamento, hasta petulante. Él mismo solía contar que hacia 1963 o 1964, una alta autoridad de la Compañía le preguntó en Madrid: “¿Ha pensado usted en dejar la Compañía?”. Y Ellacuría le contestó: “Yo no, ¿y usted?”. Con los años, fue limando aristas de su temperamento. Pero el encuentro con Monseñor produjo en él otro tipo de cambio, no ya temperamental, sino hondamente humano. Me voy a explicar.

En la década de 1960, Ellacuría conoció a algunas personalidades importantes. Con alguna de ellas estudió y también convivió y trabajó. Le ocurrió con el teólogo jesuita Karl Rahner, en Innsbruck, y, ciertamente, con el filósofo Xavier Zubiri en Madrid. También con el poeta y jesuita navarro, destinado a Nicaragua, Ángel Martínez Baigorri, un hecho poco conocido. A todos ellos les estaba muy agradecido y apreciaba su valía. En el caso de Zubiri, reconocía su superioridad intelectual. “Nosotros no somos como Zubiri”, le oí decir. Creo, sin embargo, que, de alguna forma, se podía considerar *colega* de Rahner y aun de Zubiri.

No fue así con Monseñor Romero. Tras el martirio del padre Grande, Ellacuría vio en Monseñor Romero a alguien *en discontinuidad*, perdónese me esta expresión, con él. En 1985, la UCA concedió a Monseñor Romero un doctorado *honoris causa* en teología, a título póstumo. En la presidencia estaba Zaida, la hermana de Monseñor. También estaba yo, para tener la *laudatio*, que Ellacuría me había pedido. Él pronunció el discurso principal. Dijo con claridad que la UCA no manipuló a Monseñor, como decían algunos; pero reconoció que sí había colaborado con él. Proclamó solemnemente que esa colaboración fue un honor, por quién nos la pidió y por las causas para las que la pidió. Asimismo, dejó claro cómo ocurría dicha colaboración: “Monseñor era la voz y

nosotros éramos el eco”. Al hablar así, nunca dudé de que Ellacuría no se estaba refiriendo solo a la UCA, sino también a él mismo. Ellacuría nunca se consideró colega, ni siquiera distante, de Monseñor Romero. La razón hay que buscarla en cómo vio *la relación de Monseñor con Dios*.

Ojalá me explique bien. Ellacuría no era muy dado a hablar personalmente de *Dios*, pero Monseñor Romero lo movió, lo forzó a hablar de *Dios*. Ellacuría había dicho que era “difícil hablar de Monseñor Romero sin hablar del pueblo”. Ahora, ante el Ellacuría impactado por Monseñor, puedo decir que para Ellacuría fue “difícil hablar de Monseñor Romero sin hablar de Dios”. Esta es mi convicción.

Ellacuría, ciertamente, tuvo a Monseñor Romero como eximio seguidor de Jesús y como eximio profeta. Pero tras el martirio del padre Grande, relacionó a Monseñor con *Dios*. Para mostrarlo, en cuanto esto es posible, me voy a centrar en tres textos, no en orden cronológico, sino según el grado de profundidad.

El 9 de abril de 1977, estando exiliado en Madrid, Ellacuría llegó a conocer, por medio del padre Arrupe, cómo habían sido los comienzos de Monseñor Romero como arzobispo de San Salvador, tras el asesinato del padre Grande. Quedó sumamente impresionado por su reacción y le escribió una carta maravillosa. Desconozco por qué el arzobispado no la dio a conocer en su día. Yo lo hice en cuanto cayó en mis manos. En la carta, Ellacuría le dice a Monseñor cuánto le ha impresionado el comienzo de su nuevo ministerio y menciona, en particular, la misa única. Pero, para nuestro propósito, lo más importante es que le dice algo realmente novedoso: “He visto en usted *el dedo de Dios*”.

En 1980, meses después del asesinato de Monseñor, la revista *Sal Terrae*, de España, le pidió un artículo sobre Monseñor Romero. Ellacuría escribió un texto de gran belleza, “Monseñor Romero, *un enviado de Dios* para salvar a su pueblo”². En él afirma que el pueblo salvadoreño nunca había sentido a Dios tan cerca como con Monseñor Romero.

Y finalmente, siempre en 1980, pocos días después del asesinato de Monseñor, en la homilía del funeral, celebrado en la UCA, Ellacuría, entonces rector, pronunció la conocida sentencia: “Con Monseñor Romero, *Dios* pasó por El Salvador”.

Poco antes de ser asesinado, Ellacuría publicó en la *Revista Latinoamericana de Teología* el artículo “Utopía y profetismo desde América

2. Cfr. I. Ellacuría, “Monseñor Romero: un enviado de Dios para salvar a su pueblo”, *Sal Terrae* 81 (1980), 825-832; reproducido en *Diakonía* 17 (1981), 2-8; y en la *Revista Latinoamericana de Teología* 19 (1990), 5-10.

Latina. Un ensayo concreto de soteriología histórica”. Las últimas palabras de su último artículo son las siguientes: “Esos hombres nuevos siguen anunciando firmemente, aunque a oscuras, un futuro siempre mayor, porque más allá de los sucesivos futuros históricos se avizora el Dios salvador, el Dios liberador”.

Termino. En estas palabras de Ignacio Ellacuría se percibe el aliento de Monseñor Romero.

M. Maier. Gracias, Jon, por haber arrojado luz sobre el legado espiritual de Ignacio Ellacuría y por haber hecho palpable la diferencia entre la teología de textos y la teología de testigos. La tuya no es mera teología de textos, sino, en lo fundamental, teología de testigos.